

UNA TARDE EN EL PUERTO

Las cárceles flotantes de la República

Hemos descendido del tranvía al nivel del muelle del carbón. Andamos a buen paso, temiéndolo hacer tarde.

que nos recomendó efusivamente Nettlau. Son dos personas encantadoras, médicos los dos. Ella, judía rusa, muy inteligente, con una gran sim-

narquía y por el período de gestación convulsiva que estamos viviendo.

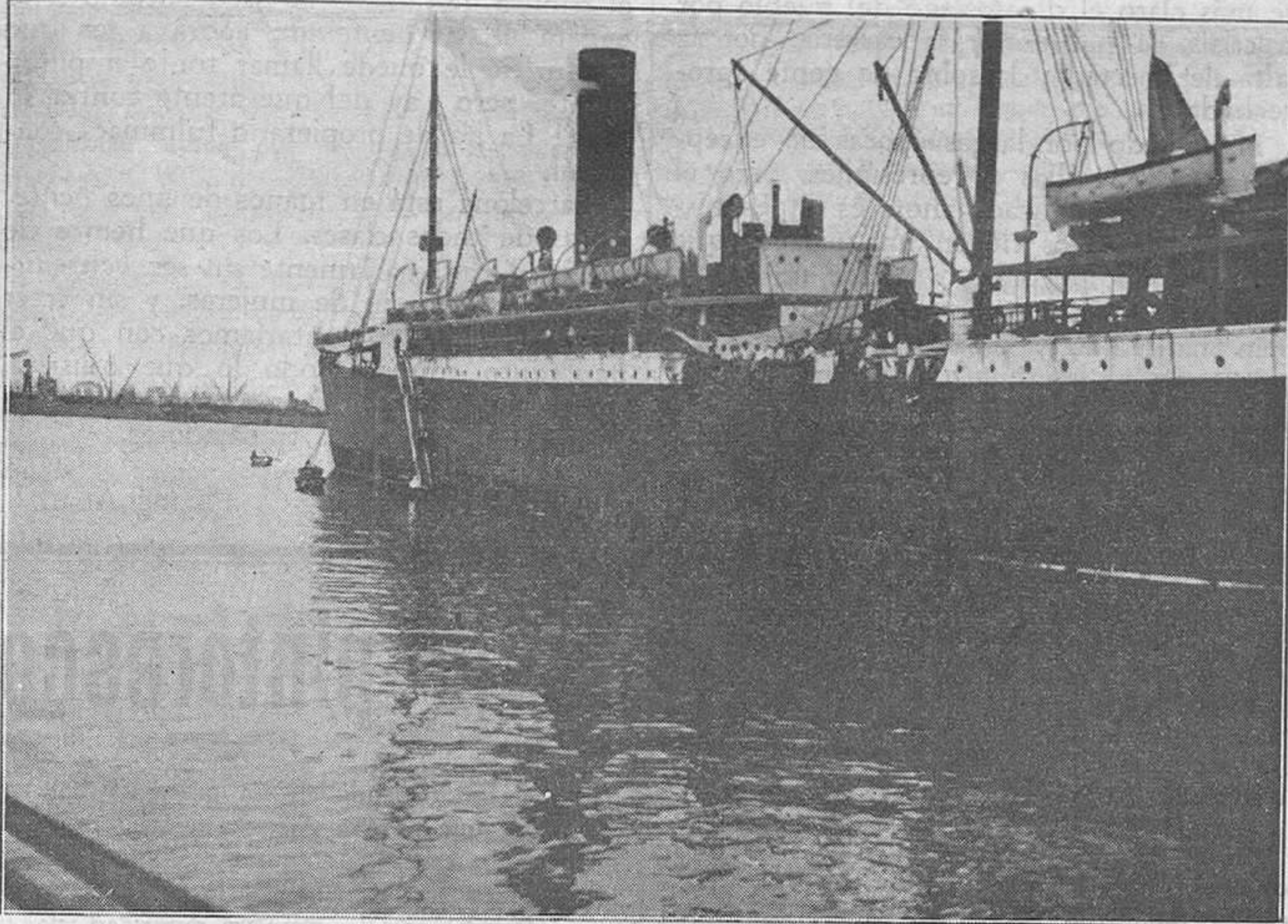
A medida que nos vamos aproximando a los barcos, la sorpresa, el estupor, la admiración de nuestros acompañantes aumenta.

En el muelle, junto al agua, se apiñan las familias y los amigos de los presos. ¡Aquella viejecita que va a ver casi cada día a su hijo; la pobre niña que tiene en el «Antonio López» a su hermano, único sostén de la familia, mientras su madre agoniza en el Hospital! ¡Cuadros patéticos, impresiones inolvidables, que crisan los puños y restan punzantemente en el alma!

Subimos a una de las barcas que aproximan a los visitantes a los buques-cárceles. Los Brupbacher, como atontados, miran a su alrededor y callan, contemplando con mirada compasiva a los presos, que se apiñan en la borda, que nos saludan sacando la cabeza, como polluelos, por las aspilleras del barco.

Es un espectáculo único, extraordinario para ellos. Es la primera impresión de la República, deshonrada por unos cuantos monárquicos, republicanos de última hora, y por los nuevos ricos del Poder, que la han ensangrentado y mancillado por siempre más.

A gritos charlamos con los presos. Aun están allí Bruno Lladó y el pobre Claramunt, con sus 64 años y sus reumatismos, avivados por diez días mortales en la Jefatura. ¡Oh, si estos amigos hubieran descendido, como yo, al infierno de los calabozos de la Jefatura, antros en donde se amontona, sin petates, sin ni un mal banco, como a carneros destinados al matadero, a los presos! Bajé con la hermana de Claramunt, hermanos ambos de nuestra Teresa, ¡y cómo recuerdo la impresión que me causó ver



Una vista de conjunto del vapor «Antonio López», convertido por la República en cárcel flotante.

Mime. Brupbacher, poco acostumbrada al adomado puntiagudo, al humo y al polvo del muelle, a la sensación de vida trashumante, aventurera, exótica, mísera y laboriosa de este rincón del puerto, se fatiga los pies y la vista en el espectáculo que nos rodea. El doctor Brupbacher va charlando con un compañero italiano que hemos encontrado por el camino, ya de regreso de la diaria visita a los buques donde están presos, junto con dos centenares de quincentarios — raterillos, invertidos, toda el hampa barcelonesa —, los 94 de la Construcción y 50 camaradas más, entre telefonistas y detenidos por la última huelga; el doctor Brupbacher, repito, se va deteniendo, dialogando y preguntando curioso, proyectando sobre todo la causticidad de su espíritu observador e irónico.

Al pasar, nos detienen los carabineros:

—¿Dónde van ustedes?

—A ver a los presos.

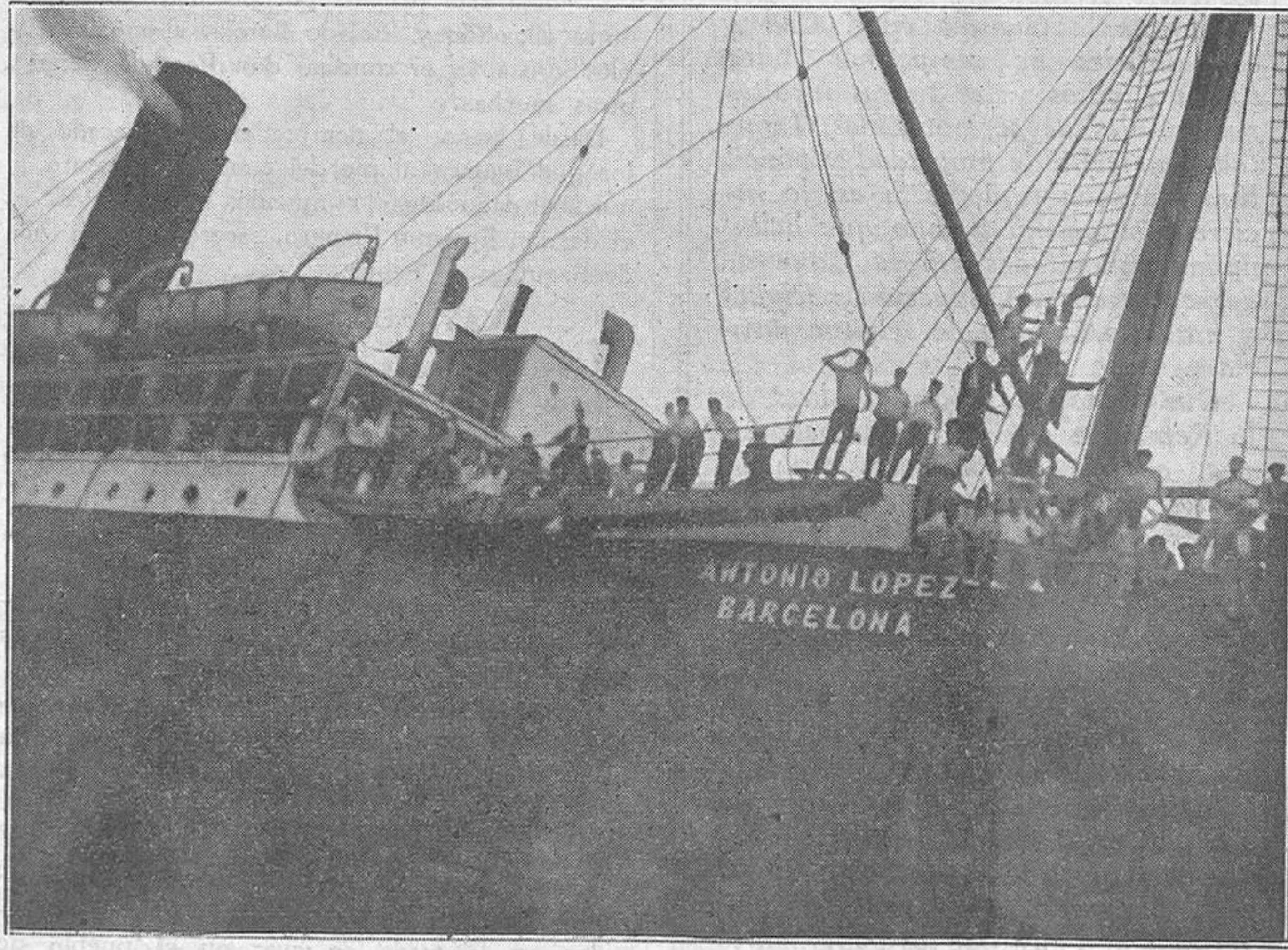
—¿Tienen ustedes familiares entre ellos?

No me arredro y declaro que somos primos y amigos particulares de Broto, un compañero de Calella, preso en el «Antonio López».

Los Brupbacher, que, sin conocer el español, intuyen lo que me preguntan y contesto, al dejarnos pasar el carabinero, declaran que en Suiza no hubiéramos salido tan fácil y correctamente del lance. La República de Guillermo Tell, más vieja de algún siglo que la del ex Maura, tiene en su letra y en su práctica más del espíritu de Calvino de lo que hay en la nuestra del de Calomarde.

Hemos llevado a las barcas-cárceles a estos amigos que vienen en viaje de estudio y exploración moral por España. Embajada de la Europa intelectual, de la Europa generosa y pacifista de los Rolland, de los Zweig, de los Nicolai,

patía personal; él, suizo nuevo, de viva espiritualidad y pensamiento culto y abierto a todos los problemas y a todas las inquietudes.



Los presos, desde la borda del barco, saludando a los familiares y amigos que van a visitarles.

Son una proyección de la mirada de Europa sobre esta España en gestación, la España revelada al mundo por la derrocción de la Mo-

al anciano Claramunt allí, verle a través de la reja, sin afeitado, con su alta talla encorvada por los años y el sufrimiento; verle encarcelado por la República, cuando a ello no se atrevió la Dictadura, ¡acusado de hablar públicamente a favor de la huelga de la Telefónica! Por este crimen la República lo ha tenido más de un mes encarcelado.

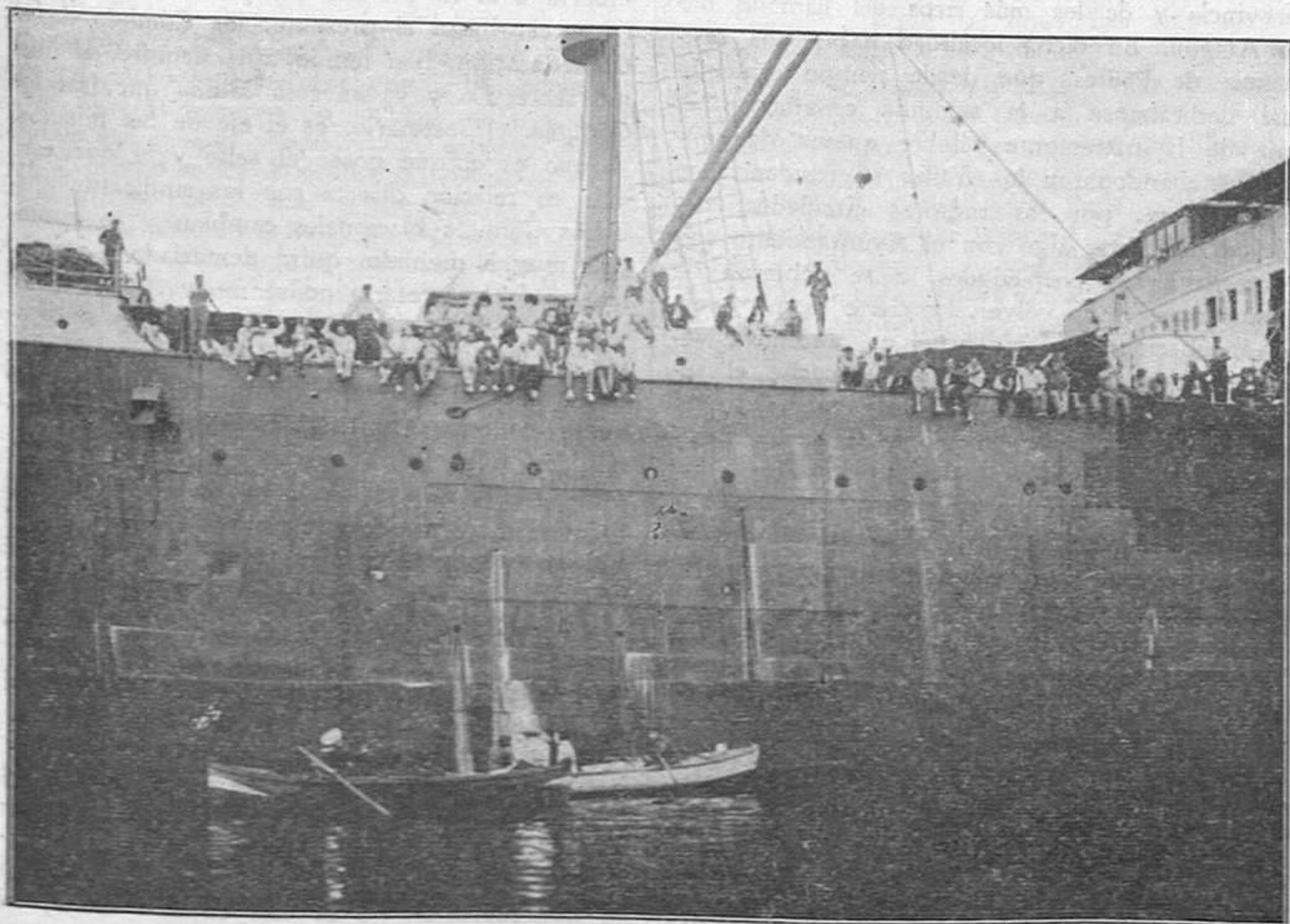
Los presos van asomando a la borda del buque, a sus ventanillas. Nos saludan a gritos. Alvar Miranda, al que no había visto, me llama por mi nombre, me dice, en su español pintoresco:

—¡Federica, la república de trabalhadores me echa de Hespanha!

Está ya acordada su expulsión. Es una víctima del señor Galarza; portugués fugitivo de la dictadura de Carmona que la dictadura policíaca arroja de España.

Charlamos un poco con Miranda, con Claramunt, con Broto, con los presos de Sabadell y de la Construcción, con Rius, convalesciente aún de las heridas que le infirieron al detenerle, magullado todo el cuerpo por los golpes republicanos, que amoratan y hacen perder el sentido como los monárquicos.

Es ya la hora del rancho. Los presos van desapareciendo. Nosotros también nos vamos, saludándoles con la mano. Los Brupbacher agitan sus pañuelos, despidiendo conmovidos a estas víctimas, mirando las cabezas que asoman por las aspilleras, el conjunto de los barcos. «Dédalo», «Antonio López», «Riera Besós», habilitados para cárceles.



Otro aspecto del vapor «Antonio López», a la hora de la visita a los presos.

Los extremistas de la Confederación y la política catalana

Ante todo intentaremos acabar con el fantasma que para muchos representa la Federación Anarquista Ibérica. Nosotros, dentro de la Confederación Nacional del Trabajo, no hemos visto, por parte alguna, a la dicha F. A. I. La Federación Anarquista Ibérica, puede componerse de unas cuantas agrupaciones de individuos que sostienen las ideas anarquistas constituidas en varias poblaciones de España y que tienen por objeto: unas, la publicación de periódicos; otras, la de folletos; algunas, la fundación de centros de cultura; otras, la constitución de sindicatos; aquellas, la organización de mítines y conferencias y las demás de excursiones. Estos grupos no tienen más unidad ni relación que la espiritual de las ideas anarquistas en favor de las cuales laboran todos. Pero los grupos anarquistas no existen como organismo dentro de la Confederación Nacional del Trabajo, aun pudiendo existir en espíritu por los obreros afiliados a ella que sostengan las ideas libertarias.

Lo que ha pasado es otra cosa. Lo que ha pasado es que dentro de la Confederación se han manifestado dos tendencias, una más o menos inclinada a la política, y otra completamente apolítica, y que de la primera tendencia se ha querido aprovechar el llamado partido de izquierda catalana para sus fines políticos, a lo que se ha opuesto la otra tendencia, viéndolo a ser con esta su actitud una dificultad para las aspiraciones de algunos de la nombrada izquierda.

¿De quién es la culpa si la Confederación no forma en nuestro partido?, ha preguntado la izquierda. ¡De los extremistas!, se le contestó. ¿Y quienes son los extremistas? Los que pertenecen a los grupos libertarios.

La especie corrió por todas partes, en diarios, periódicos y hojas impresas, y los extremistas han venido a ser, a la postre, las víctimas de los políticos por no haberlos querido servir. Lo que fué un choque de tendencia dentro de la Confederación se ha convertido en un fantasma, ante el cual tiembla media España, llegando hasta a preocupar al Gobierno de la República y a los que por ella vigilan.

¿Cómo hubiera sido posible que unos cuantos grupos anarquistas, desparados por España, cuya principal misión, por no decir cuya única misión, es la cultura del pueblo por medio de la palabra hablada y escrita, llegasen a ser una preocupación nacional? ¿Ni cómo hubiera sido posible la enemiga de los políticos contra el fantasma si hubieran logrado que la Confederación fuese su apoyo político?

Y es que continuamos siendo providencialistas y cuanto ocurre en el mundo lo atribuimos a fantasmas, a espíritus malignos, a Santos Gábrieles o a espantajos en rabo. Por esto se cree hoy en poderes ocultos que pueden ser llamados F. A. I. como hubieran podido ser dichos Mano Negra, jesuitismo o carbonarismo.

Los extremistas de la Confederación, que por misteriosos procedimientos se han convertido en el agente del microbio revolucionario, no son más que figuras lanzadas al país por el partido de la izquierda catalana y de sus instrumentos, porque los no políticos de la Confederación se oponen a que ésta sirva a partido alguno. ¡A esos, a esos!, se gritó. Y el ¡a esos! ha recorrido toda España, perturbando el sueño de ciertos políticos, de ciertos diarios y de ciertas autoridades.

Ya para La Voz de Madrid, los extremistas de la Confederación van acabando con la economía del país y acabarán con el Gobierno de la

República, si el tal Gobierno no acaba, antes, con los extremistas de la Confederación. Ya para L'Opinió de Barcelona, este periódico, a sabiendas de que no se trata más que de una jugada política, los extremistas de la Confederación perturban la vida económica y política de Cataluña. Y en opinión de esa gente, mientras no se eche a los extremistas de la Confederación, nadie, en Cataluña, vivirá tranquilo. ¡Señor, lo que puede el afán de votos!

Y, sin embargo, dentro de la Confederación no hubo extremistas hasta que aparecieron reformistas. Y, sin embargo, dentro de la Confederación hubo armonía en tanto no se metió la política en ella para cuya introducción han hecho cuanto en su mano estuvo algunos políticos de la izquierda catalana.

Todo el mal y todo el lío proviene, pues, de haberse metido la política dentro de la Confederación. Si nadie hubiese pensado que la Confederación podía servir de plataforma para sus ambiciones, nadie se hubiera desesperado al no poderlo conseguir y nadie, en su desesperación, hubiera lanzado, contra los extremistas, la falsa acusación de ser un foco revolucionario que perturbaba la vida de Cataluña y de España, cuando en realidad no se trata más que de no ser juguetes de nadie.

Por fas o por nefas, la Confederación se ha ido saliendo de su origen, puramente económico y ya fuera de él, algunos han creído que era fácil unir su suerte a la de un partido político y montar sobre la Confederación una jefatura y un caudillismo. De no haberlo podido lograr, ha salido la palabra extremista cuando los llamados extremistas son los únicos que conservan el espíritu origen de la Confederación. Es más, si ésta ha contribuido a movimientos políticos, ha sido por habérsela sacado de sus cauces y siguiendo la orientación partidista, que, de algún tiempo a esta parte, se le había dado.

Y lo que ahora persiguen los llamados extremistas de la Confederación, no es más que volverla a su punto de origen, indiferente a toda política y a toda religión. La Confederación ni siquiera puede ser antipolítica. Pueden ser antipolíticos los anarquistas, la Confederación ha de ser indiferente a toda creencia política y religiosa siguiendo el camino de la mejora económica de los trabajadores hasta llegar a su completa emancipación. Y porque ahí duele, se ha inventado el fantasma del extremismo, que todo el mundo quiere atrapar y nadie puede, porque se trata de... un fantasma.

Y mientras los hombres del Estatuto catalán y del partido de izquierda catalana y sus amigos de la Confederación, pretenden servirse de ésta para sus fines políticos, no habrá armonía dentro de la Confederación ni relaciones sinceras y desinteresadas entre los hombres de la política de izquierda catalana y las organizaciones obreras.

Que los partidos dejen en paz a la Confederación y no tendrán necesidad de inventar extremismos ni de presentar fantasmas que tanto desasosiegan a las autoridades y que tantos daños pueden causar, y quizás causen ya, en el seno de muchos hogares.

Hay que ser claros y nobles, y la claridad y la nobleza está en decir que todo se reduce a una lucha dentro de la Confederación y sólo por afiliados a ella. Y nada más ni nada menos. Lo otro son imposturas, y, como hemos dicho, fantasmas.

FEDERICO URALES

Los marinos, simpáticos, se portan bien con los presos y con nosotros. Hemos entregado un paquete de fruta para Broto, lectura para Pera, un preso de Sabadell, y el marino a quien lo doy no quiere tomar de mis manos propina alguna. Sonríe, rechazándola y diciendo:

—¡Quién sabe si a no tardar mucho me verá yo en la misma situación!

Tocamos tierra nuevamente. Y es de los Brupbacher de quienes sale la idea de tomar una fotografía de los buques, de mostrar a Europa y al mundo la España nueva: la España de las bodegas del «Antonio López», llenas de presos, que enferman de influenza por la falta de condiciones higiénicas del dormitorio; la España en donde, bajo la república como bajo la monarquía, se persigue a las ideas y a los hombres que las profesan, se encarcela por ser anarquista, como a Lladó y a Claramunt, a pesar de sus años; se expulsa por el delito de ser extranjero de ideas avanzadas, como a Miranda y a los compañeros italianos presos en el «Antonio López» y en la cárcel. La España nueva, que ha visto hoy esta embajada del mundo asomando las cabezas por los agujeros redondos del buque, cogiéndose en los palos y saludando, desde ellos, a los que vamos a llevarles un poco de solidaridad y de aire de la calle.

Por una casualidad maliciosa, los barcos, en el extremo del muelle del carbón, están debajo mismo de Montjuich, que yergue su mole obscura y destaca su silueta siniestra, agigantada por la puesta de Sol.

¡Montjuich, aun no derruido, cárcel de Galán, que hoy, como Compte, estaría preso, si no estuviera muerto; tumba de Ferrer y de los mártires de Montjuich, símbolo, durante muchos años, de la España monárquica e inquisitorial!

¡Y abajo, a sus pies, los barcos-cárceles de la República, con sus presos hijos de aquellos otros presos, con este Claramunt que pasó por allá arriba y que está ahora, viejo ya, aquí abajo!

—Máis, qu'est qui a change? — pregunta, como respondiendo a mis propios pensamientos, la voz algo alterada y recónditamente angustiada de Mime. Brupbacher.

—Nada, nada ha cambiado — contesto yo, a ella y a mí misma —. Todo, todo está aún por hacer. Derríbase aquello y derríbase todo lo que aquello — seña a Montjuich — encarna. ¿Lo ha remos? No lo sé. Pero es preciso no perder el valor ni la esperanza.

Han pasado ya bastantes días de esta visita, de esta tarde en el puerto con estos amigos, hermanos por el corazón y el noble anhelo de hacer mejor, más dulce y más libre la vida de un mundo. Al fin su idea se ha visto realizada. He aquí, ilustrando este artículo, las fotografías por ellos deseadas e indicadas, que un compañero sacó y que nosotros publicamos, ilustrando estas notas hechas al vuelo, impresión instantánea y profunda de un momento y anotación en el carnet caleidoscópico de los recuerdos.

FEDERICA MONTSÉNY

